

EL MERIDIANO

Juanma Fernández

Los malos

Para buscar el mal nos apuntamos a los grandes criminales: Hitler, el monstruo de Amstetten o los discos de Juan Camus. Pero la desgracia reina también en los pequeños ladrones que saquean los bolsillos de la gente. Entre estos están los carteristas, los que desvalijan al pequeño comercio o los que te roban el móvil que has dejado encima de la mesa. Criminales de poca monta, muchos de ellos abocados al crimen porque la sociedad los ha marginado, ya sea por falta de permiso de trabajo, de residencia o porque alguna sustancia hace años que les convirtió en sus esclavos. Pero es curioso que en el imaginario colectivo son estos rateros los que calan y se hacen fácilmente identificables; los que, a nada que se les represente con cualquier cliché, generan automáticamente un rechazo muy de clase de decencia a domicilio.

Luego están los otros, los que no necesitan meter sin permiso la mano en el bolsillo ajeno de una persona o institución, que se están hincharo a ganar dinero a costa de mentirle a la gente. Personajes que viven de la desesperación del prójimo, que alimentan sus falsas esperanzas con productos vacíos que tienen precio eco-

nómico y personal. En España han cogido un necesario vuelo mediático los pseudoterapeutas; esa panda de mentirosos que se sacan de la manga falsos tratamientos que afirman mejorar la salud de los que, desahuciados por la medicina basada en la ciencia, apuestan a estos fulleros la última carta de su vida. Hablo de homeópatas, iridólogos, los de la Nueva Medicina Germánica, las Flores de Bach y todas esas chamanerías aberrantes que venden el placebo a precio desorbitado jugando con la desesperación.

Y hablo también de los colegios de médicos, de farmacéuticos, de la homeopatía que mancha sus escaparates y consultas denigrando el valor de su profesión y la confianza del paciente. De algunos que incluso se han atrevido a recomendar el MMS, un falso e ilegalizado fármaco que dice curar el autismo, que solo es lejía y que puede destrozarnos vidas y estómagos que, desde luego, no serán los de aquellos agradecidos por el lucro que genera esta infamia. El mundo, como un cómic, tiene la siguiente viñeta llena de malos. También la siguiente esquina. Otro día hablamos de que España permita el negocio de los videntes.

@juanmaefe

EL FOCO

Miguel Gay Vitoria

La dimensión del capricho

Me cuesta entender la osadía con la que se asaltan los acontecimientos históricos virando hacia intereses partidistas, sin ánimo mayor, en una gran parte de los casos, que el de garantizar una rentabilidad particular más allá del conocimiento de la realidad. Se adentra uno por entre esos raciocinios forzados, visiones singulares y vericuetos de recorrido asombroso ante los que poco cabe más allá de arquear las cejas con asombro, incapaz uno de contrarrestar de forma reposada aquella catarata de desafueros. Que vienen a ser, en muchas ocasiones, el sustento principal de argumentarios políticos.

Y el sentimiento, asido a una ignorancia arrogante que se sustenta en eslóganes simplistas, alimenta conflictos que cada vez más trascienden el ámbito de las propuestas. Se manosean fenómenos políticos, sociales, económicos... desde perspectivas que iluminan perfiles en función de los intereses de quien los esgrime. Hasta que alguien, ajeno seguramente a estos conciliábulos, abre la puerta del sentido común, que es siempre lo que merece la pena: «Lo que de verdad debía ser terrible era ver pasar hambre a los tuyos; no poder dar de comer a tus hijos».

La cabeza trata a la vez de hacerle hueco a la imagen y apartarla, alejando un pensamiento de dolor hondo. Se encoge el estómago ante esa reflexión que se clava en el alma al pensar en la pena inmensa de quien no es capaz de aliviar esa carencia. Y que, mucho más allá de reflexiones estridentes, pervive hoy en escenarios remotos y no tan remotos de nuestro siglo XXI.

Como casi siempre cuando se palpa algo importante, cuando uno se cita con cuestiones que de verdad merecen la pena, el corazón y la cabeza mandan a un segundo plano problemas de apariencia relevante que se deshacen en su percepción relativa. Y se reconocen los avances que hoy permiten hacer realidad hasta los caprichos. Aunque la bofetada anímica sirve para que seamos capaces de ubicarlos en su adecuada dimensión. Y de valorarlos.

LA TRIBUNA | Juan Pablo Artero

Ayudar a las familias numerosas

Las familias con tres o más hijos aportan a la sociedad la posibilidad de un imprescindible relevo generacional, pero reciben muy pocos apoyos

Hace unos días, el Auditorio de Zaragoza acogió el XI Congreso Nacional de Familias Numerosas, con el lema 'Solución a las pensiones', ya que España tiene un grave problema de futuro para poder pagar a sus jubilados dada la desastrosa pirámide de población. Esta Federación habla, no sin razón, de 'invierno demográfico' y las cifras son contundentes. En 2017 murieron y nacieron unas 400.000 personas en España, con una diferencia a favor de los fallecimientos de algo más de 30.000. Las mujeres en edad fértil tienen de media 1,34 hijos, muy por debajo del 2,1 necesario para el relevo poblacional.

En nuestro país hay 676.000 familias con tres o más hijos, de las que 16.000 son aragonesas. La Asociación de Familias Numerosas de Aragón '3ymás' ha puesto de manifiesto que el 70% de ellas ingresa menos de 2.500 euros mensuales, por lo que llega con apuros a final de mes y no puede ahorrar. El 70% de los matrimonios que tienen tres hijos declara que les hubiera gustado tener más si hubieran recibido más apoyo. Por tanto, dado que la mayoría de estos hogares van muy justos para llegar a fin de mes, apenas destinan dinero para gastos de salud u ocio. Por supuesto, no pueden

permitirse seguros de salud o planes de pensiones. Además, esos padres con frecuencia sufren problemas laborales o cotizan menos tiempo o con menores salarios por su dedicación a la familia.

No solo reciben un apoyo insuficiente, sino que son víctimas de discriminación. Por ejemplo, los recibos de la luz o el agua no distinguen a los hogares con más miembros. Lo mismo ocurre con ciertas prestaciones sociales o becas. En Aragón las del comedor escolar son solo para familias con una renta máxima de 12.900 euros al año. ¿Qué familia numerosa podría vivir con esos ingresos? En los impuestos también son perjudicadas. El IBI está bonificado solo si el inmueble tiene un valor catastral de menos de 100.000 euros. Pero como las familias numerosas necesitan hogares más grandes, muchas lo sobrepasan. Pasa igual con el IRPF, que incluye deducciones de 1.200 euros para las familias de tres y cuatro hijos y de 2.400 euros para las de más de cinco. Pero no parece que ese dinero dé pa-

ra alojar, alimentar, vestir, educar y cuidar ni a un solo vástago.

Las demandas de las familias numerosas empiezan por que las ayudas se apliquen con un criterio 'per capita' y no por la renta familiar. La política familiar tiene que ser el núcleo de la política social, ya que en ninguna otra institución se atienden mejor las necesidades de menores, mayores y dependientes que en su propia familia. Por tanto es imprescindible el apoyo a todas las familias, pero más todavía a las numerosas y aún más a las de cinco o más hijos. Una prestación universal de 125 euros al mes por hijo a cargo, como en Francia o Alemania, sería un buen comienzo. Toda persona que tiene un hijo realiza un gran esfuerzo. Las parejas que tienen dos hacen un esfuerzo doble. Pero es a partir de los tres hijos cuando realmente se está aportando más a la sociedad. Hay personas insolidarias que dicen que 'quien quiera tener hijos, que se los pague'. Pero ellas a su vez suelen clamar por subvenciones para cosas menos importantes. Y no deben saber que esos hijos de los otros pagarán las pensiones de los que no tenemos ninguno. Las familias están criando a los cotizantes del mañana, así que merecen pagar menos y cobrar más. Así de claro.

«Las familias están criando a los cotizantes del mañana, así que merecen pagar menos y cobrar más. Así de claro»

EN SACO ROTO | Juan Domínguez Lasierra

La inteligencia no es artificial

Voy al Museo Pablo Serrano -bueno, al IAACC- para asistir a las Jornadas 'Creencias y tendencias' que organiza la revista 'Crisis', y nada más entrar me paraliza ante una exposición insólita. Vicente García Plana, su creador, ha coleccionado miles de objetos y los ha reunido en series temáticas o arbitrarias, pero siempre efectivas, chocantes, asombrosas, que nos inundan con la sensación de estar frente a la infinita capacidad humana por satisfacer tanto sus necesidades como sus caprichos. Objetos útiles -desde maquinillas de afeitar a gomas de borrar- y objetos lúdicos -desde muñecos de toda suerte a juegos de lo más pintoresco-. Nada de lo que uno imagine falta en esta apabullante acumulación de artificios y cachivaches que el coleccionista ha titulado 'El objeto de la memoria' y que, efectivamente, es una incitación continua a la evocación, nostálgica y divertida. Yo les aconsejaría que no se la perdieran, porque van a disfrutar como cosacos durante un buen

rato, y esto es impagable. Gracias a este benemérito García Plana, a quien no tengo el gusto de conocer, pero que, visto lo visto, en un permanente asombro, tiene que ser un personaje singularísimo.

Y bueno, obligado por el objeto de mi visita al Pablo Serrano, me incorporé a la Jornada de 'Crisis'. Qué apasionante es sumergirse en un mundo que desconoces, o que conoces muy precariamente. Estamos ante otros ingenios o artificios, muy sesudos en este caso, como son los de las nuevas tecnologías. Y los ponentes hablaron de algo que subyuga y atemoriza a partes iguales, eso que se llama la 'inteligencia artificial'. Eran los ponentes tres profesores del Departamento de Informática e Ingeniería de Sistemas de nuestra Universidad: Juan Antonio Magallón, Manuel G. Bedia y Francisco José Serón, que nos iluminaron a todos sobre este fenómeno digital que ya es llamado con razón la cuarta revolución industrial. El catedrático Serón habló específicamente de la inteligencia artificial, para

decirnos algo que personalmente me alivió mucho: que eso de la inteligencia artificial no existe, que es un exceso mitómano, que la inteligencia de los robots, aunque sean antropomorfos -o sea, que tienen rasgos y formas humanas- la pone toda el ser humano pensante. Es que vemos tantas películas donde las máquinas se rebelan contra su creador -el monstruo de Frankenstein como atavismo- que uno empieza a sentir inquietud, por no decir pavor, ante las conquistas de las últimas tecnologías. Pero el profesor Serón nos tranquilizó: las máquinas no son inteligentes, son inconscientes, absolutamente inconscientes de lo que hacen, y lo que hacen es obedecer a la inteligencia humana, eso sí, capaces de hacer lo que no hace la habilidad del hombre, ejecutar millones de órdenes en pocos segundos. ¡Uf!

Aunque un cuadro creado por un algoritmo, 'Edmond de Belamy' ha sido subastado en Christie's por miles de euros. Pero parece al 'Eccehomo' de Borja...